

PENÍNSULA ODISEAS

Robert Twigger

La montaña blanca

Viajes reales e imaginarios
por el Himalaya



La montaña blanca

Robert Twigger

Viajes reales e imaginarios
por el Himalaya

Traducción de David Paradela

ediciones península

Título original: *White Mountain. Real and Imagined Journeys in the Himalayas*

Publicado por primera vez en Gran Bretaña por Weidenfeld & Nicolson,
un sello de The Orion Publishing Group Ltd, en 2016.

© Robert Twigger, 2016

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación
de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.
Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y
procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Primera edición: octubre de 2019

© de la traducción del inglés: David Paradela López, 2019

Las imágenes del interior son obra del autor.

Mapa al cuidado de GradualMap

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 16.627-2019
ISBN: 978-84-9942-845-1

ÍNDICE

PARTE I DEMONIOS

1. La montaña mágica	19
2. La barrera	30
3. Cuando los demonios hacían temblar la tierra	35
4. Los ríos	45
5. Las montañas y el clima	55
6. Orígenes míticos	62
7. Los antiguos señores del Tíbet	71
8. La irrupción de la historia	74
9. Actitud hacia la altitud	80
10. Una cura onerosa para el mal de altura	101
11. Alexandra David-Néel y el caminante tibetano del amanecer	109
12. Libera la ferocidad de tus demonios interiores	115
13. El budismo: la religión del Himalaya	120
14. La extraña muerte de René von Nebesky-Wojkowitz	136

PARTE II PANDITS

1. Invasiones esotéricas	147
2. Madame Blavatsky nunca fue a Shigatse	154

3. El pandit lo logró	159
4. Mapas	170
5. Pero ¿cuál es la montaña más alta?	182
6. Younghusband: el primer alpinista	187
7. Torturado en el Tíbet	198
8. Nanga Parbat: los primeros alpinistas	201
9. Ekai y Maurice: budistas zen y cristianos en el Himalaya	214
10. A. C. en el K2	221

PARTE III

1904

1. ¿Y Lhasa?	235
2. La pequeña invasión de Curzon	241
3. La guerra de los yaks y los cebrasnos	245
4. El incidente de Guru	257
5. Gyantse	263
6. El mayor se ha ahogado y sus efectos van a subastarse	267
7. El libro tibetano de los muertos hacia 1904	270
8. La firma	277
9. El yeti: la verdadera historia, con fotos	282
10. Crowley, otra vez	294
11. Las razones de Sven	302

PARTE IV

HACIA LO MÁS ALTO

1. Escalar lo invisible	311
2. Esos rusos locos	321
3. San Nicolás, el gurú	327
4. El primer interrogatorio de Agván Dorzhiev: Siberia, 1938	333
5. Tilman viaja a Oriente	341
6. Fuga de Dehradun	346
7. Tibetanos en los colegios de la élite	354
8. Cómo elegir al dalái lama	362

9. El Himalaya de Himmler	369
10. El oráculo oficial del Tíbet	375
11. La culpa es de Nehru	381
12. El Everest: ¿quién llegó primero?	388
13. El desliz del Nanda Devi	393
14. Messner y la desmesura	398
15. Las rutas de las drogas en el Himalaya	400
16. La basura del Everest	403
17. Cuarenta y tres días perdido	410
18. Beck ha revivido	422

PARTE V
NAGAS

1. En Nagaland	445
2. Un encuentro en el tren de Nagaland	456
3. Almuerzo en casa del tío Yong Kong	463
4. Las dos caras de Nagaland	474
5. Viaje a la frontera birmana	479
6. Otra visita a Arunachal Pradesh	482
Agradecimientos	493
Bibliografía selecta	495
Índice temático	501

LA MONTAÑA MÁGICA

No existe ningún argumento geológico de peso que demuestre a las claras dónde dividir el Himalaya de las cordilleras adyacentes. Todas ellas forman parte de un conjunto montañoso difícil de fraccionar; por tanto, el establecimiento de fronteras para dar forma a la región es un problema de interpretación geográfica. Algunas mediciones del Himalaya incluyen el macizo del Kuhl-i-Baba al oeste y las tierras altas del norte de Birmania al este, con lo que el Himalaya tendría unos cuatro mil kilómetros de longitud [...]. Las fronteras norte y sur del Himalaya tampoco tienen una delimitación estable.

Profesor DAVID ZURICK,
autor de *Himalaya: Life on the Edge of the World*

Más vale vecino cercano que pariente lejano.
Proverbio balti*

El escritor sufi angloafgano Idries Shah nació en el Himalaya, en el asentamiento montañoso de Simla. Sus muchos libros suelen incluir cuentos antiguos, más por su utilidad que por su valor folclórico. Uno de estos cuentos habla de un río que serpentea a través de un desierto arenoso frente a una cordillera que quizá sea el Himalaya. El río se arroja hacia el pie de las montañas y forma...

* Baltistán se encuentra entre Pakistán y Ladakh.

un charco en la arena. «¿Qué puedo hacer?», piensa desconsolado. Una voz, la voz del viento, le dice: «Debes entregarte al viento, convertirte en nube para volar por encima de las montañas. Cuando llegues al otro lado, caerás en forma de lluvia y podrás seguir corriendo hacia el mar». El río se puso nervioso; la idea de renunciar a su individualidad frente al viento y el mar no le agradaba en absoluto, pero el viento añadió: «Aunque pasaras mil años acometiendo el pie de la montaña, lo más que conseguirías sería convertirte en una ciénaga repugnante. Por el contrario, si confías en que tu esencia sobreviva a los cambios exteriores, lograrás llegar a tu casa del océano». El río hizo acopio de valor y se entregó al viento, se elevó a los cielos, sobrevoló las montañas y bajó hacia el mar. Allí comprendió por fin cómo ser una gota de agua y un océano a la vez, sin dejar de ser ninguno de los dos; ciertamente, el viaje había valido la pena.

Yo llevaba años planeando un viaje al Himalaya, el lugar donde había nacido mi padre (en Mussoorie, otro asentamiento de montaña). De niño lo llevaban en silla de manos a través de la nie-



Siempre más allá, siempre más arriba.

ve hasta la escuela, situada en las colinas. Estos retazos de historia familiar pueden determinar el curso de una vida, como si fueran un pequeño demonio. Sir Richard Burton, uno de mis exploradores más admirados, explicaba sus infinitos vagabundeos diciendo que «el demonio te lleva». Durante su estancia en la India, estudió sufismo y cetrería, y nunca se cansó de aprender las lenguas y dialectos locales. Yo, en cambio, tras mi llegada, me pasé varios meses sin acercarme a las montañas. Durante semanas, no tuve coraje ni para salir de Delhi.

Vivimos tan bombardeados de imágenes de las montañas, de fotografías majestuosas y documentales de YouTube en los que vemos a personas lanzándose con trajes aéreos* por cañones de ocho mil metros, que antes de llegar me parecía que ya lo había hecho todo. Curiosamente, el extraño y anticuado final de *Pasaje a la India* (la película) es muy similar a la sensación que uno tiene cuando por fin se adentra en el Himalaya. Montañas de ángulos prístinos vislumbradas desde las carreteras labradas en las húmedas laderas de esquisto. Pero todo eso llegaría más tarde.

Entretanto, yo disfrutaba del mero hecho de encontrarme en la India, el epicentro mochilero, donde el cliché del viajero hippy es el pan de cada día —si bien no parece afectar en nada a la vida de los indios—, a pesar de que, en los quince años transcurridos desde mi última visita, los barrios de barracas de quienes no tienen casi nada habían crecido y el olor de las bostas de búfalo había quedado oculto bajo el penetrante tufo del humo de gasóleo.

Muy poca gente parecía notar la presencia de aquel extranjero que deambulaba entre los limeros erguidos bajo la dura luz del sol, los continuos bocinazos y el estertor de los motores. Había experimentado una sensación similar en El Cairo, donde había vivido los últimos diez años: la pérdida del interés por los extran-

* Los trajes aéreos permiten un vuelo a medio camino entre el ala delta y la caída libre.

jeros. En todo el mundo, la vida exige cada vez más de uno o lo vuelve más egocéntrico. ¿Por qué? No estaba seguro; quizá en el curso del viaje tuviera ocasión de averiguarlo.

Me encontraba en la parte moderna de Delhi, cerca del aeropuerto, una zona no muy distinta de mi barrio de El Cairo; era como si hubiera salido de un manicomio contaminado y sucio para meterme en otro. Las carreteras de circunvalación se extendían espasmódicas entre canales secos repletos de basura y solares atestados de ladrillos y demás augurios que presagiaban su futuro. Cuando bajaba la ventanilla del taxi, llegaba un olor a quemado, a medio camino entre el fuego de pajas y el hedor de la inmundicia. Lo que nunca faltaba era el curri. Me había convertido en un glotón de campeonato; yo mismo me sorprendía de lo mucho que disfrutaba con la comida india. También empezaba a ser un experto en cervezas del país, sobre todo la Kingfisher Super Strong y la Godfather, una marca de nombre peculiar donde los haya. Cuando no estaba tomando Godfather, me dedicaba a seguir el rastro de mi abuelo, que había trabajado como ingeniero en el ejército indio. También mataba el rato en cafeterías de cadenas como Costa o Starbucks, que en algunos países tienen más caché que en el Reino Unido, debido, supongo, al precio relativamente elevado del café.

Para ir al Costa tenía que atravesar un pequeño parque cuyas hojas estaban grises por culpa del hollín. Había monos y perros abandonados que por las noches se volvían más atrevidos y llegaban al punto de amenazarme al verme pasar con unas cuantas latas de Godfather compradas en la licorería. Me alojaba en casa de un amigo que no me hacía pagar nada y allí dormía en el suelo del despacho; una curiosa combinación de indolencia e incomodidad.

Mi plan, en teoría, consistía en tratar de averiguar qué era lo que hacía tan «especial» al Himalaya. Para ello tendría que investigar la historia y patear el terreno. Cuando digo «especial» me refiero a algo más allá del habitual sentido utilitario/hedonista, como un infrasonido, la emisión inaudible del espíritu y

el soma. Detestaba las palabras habituales —espiritualidad, numinoso (bueno, en realidad, la palabra *numinoso* sí me gustaba), religión, oración, adoración, fe— porque parecían llevarme en la dirección errónea, de vuelta a lo abstracto. La India es más distracción que abstracción, sin duda: allí, la realidad cotidiana y las coincidencias cósmicas te estallan en la cara y no puedes hacer más que parpadear. Si a la hora de describir el atractivo de la India pasaba por alto aquella sincera urgencia resultante de los cúmulos de coincidencias, estaría mintiendo; el truco era no detenerse ahí, preguntarse por las montañas, por su historia y por qué durante siglos los humanos habían vivido en aquella enorme muralla rocosa.

Mi libro acabaría armándose, articulándose, en torno a los años 1903-1905, cuando de repente se demostró que Kipling se había equivocado y Oriente y Occidente empezaron a acercarse, a solaparse, a entrelazarse, o cuando menos a demostrar cierto interés mutuo tras largos siglos de aislamiento casi hermético. También empezaría y terminaría con los nagas: los dioses o demonios (según la perspectiva de cada cual) de la mitología hindú, pero también la tribu que habita las colinas del nordeste de la India.

Leer y patear, he dicho antes. Otro de los trucos que llevaba en mi formidable caja de herramientas de escritor consistía en realizar una implacable exploración/explicación psicogeográfica de la región del Himalaya a partir de los solventes métodos de la deriva y el *détournement*. «Deriva» significa deambular, dar vueltas, caminar sin rumbo, generalmente por una ciudad, aunque no veía ningún motivo para no hacer lo mismo por toda la región (sobre todo en el lado indio) que bordea el Himalaya. Desde mi punto de vista, la deriva es significativa cuando se producen incidentes que guardan relación con otros incidentes ocurridos durante el viaje o en otros viajes anteriores. Aunque la deriva, que obedece más a la intuición que al puro azar (no es como tirar los dados para decidir el rumbo), puede ser más factible den-

tro de los límites y confines de una ciudad, la India, como ya he dicho, había demostrado ser para mí una especie de generador de coincidencias: el mero hecho de viajar por el país originaba esa clase de incidentes significativos que vinculan entre sí partes distintas de ese y otros viajes. Muchos de mis viajes por la India están trufados de detalles de los que luego no recuerdo apenas nada, salvo que parecen estar relacionados; muchos encuentros parecen impeler al viajero hacia una especie de destino (aunque sea entre comillas), en pos de un sentido que, tristemente, parece evaporarse en cuanto regreso a la páfida Albión.

Los hechos desnudos del viaje, los lugares, los trenes, las comidas: eso es lo «real». No obstante, su interpretación, la magia que envuelve el detalle mundano, permite crear un viaje imaginario incomparablemente más poderoso e influyente. Puesto que con el tiempo habían terminado aburriéndome las aventuras de mi vida real —las cuales, a decir verdad, palidecían al lado de las de los grandes alpinistas, exploradores y aventureros del pasado—, mi viaje imaginario por el Himalaya sería un viaje por las grandes hazañas de otros. Pero eso creaba otro problema no menos interesante.

Casi desde que comencé a planear mi viaje al Himalaya, venía fijándome, no sin fruición, en la cantidad de mentiras que han contado los grandes exploradores. Algunas las había detectado yo mismo: había descubierto que el explorador escocés Alexander Mackenzie había exagerado la ferocidad de los ríos de las Montañas Rocosas; Gerhard Rohlfs hablaba de ciertas dunas impenetrables del desierto del Sáhara que alcanzan los cincuenta metros de altura, aunque yo mismo he podido comprobar que esas dunas, que apenas han cambiado en cinco mil años (y esto lo sabemos por los restos de algunas chimeneas prehistóricas parcialmente cubiertas por la arena), miden apenas diez metros y pueden recorrerse en un par de horas. Esas mentirijillas me gustaban porque eran la prueba de que, al fin y al cabo, los grandes exploradores,

por muy heroicas que fueran sus hazañas y penalidades, también eran humanos.

Que nadie crea que con esto pretendo poner en duda la fortaleza psicológica de Mackenzie o Rohlfs. Aventurarse donde ningún ser humano (o, al menos, ningún europeo) ha ido antes sin teléfonos por satélite ni GPS representa todo un reto; la fortaleza física no es más que una nota al pie. Muchos exploradores, incluido Richard Burton, realizaron sus grandes viajes cargados en brazos por los nativos porque la enfermedad les impedía avanzar por su propio pie. Por eso, pese a la fascinación que me causan algunas hazañas modernas, como la exploración del Nilo y el Amazonas, no puedo evitar sentir que no es tanto el logro físico como la predisposición psicológica para enfrentarse a lo desconocido lo que distingue al simple corderito de la cabra montesa. Claro que las cabras montesas tampoco son del gusto de todo el mundo, y como muestra, he aquí un proverbio del Himalaya que no he podido incluir entre los que figuran al principio de cada capítulo: «Si no tienes problemas, cómprate una cabra».

Así pues, iría a la deriva.

En teoría, la deriva debía proporcionarme el material necesario para relacionar los testimonios del mundo visible e invisible expresados por personas más audaces y ambiciosas que yo. La deriva permitiría que mi intuición fuera encontrando su camino; a lo mejor como guía era falible, pero ¿qué guía no lo es?

El mundo invisible incluye el mundo mágico, el mundo de los demonios, que es donde empieza mi periplo. Como vengo apuntando, todo libro que hable de montañas tiene que referirse, entre otras cosas, también, e inevitablemente, a ciertas formas de magia, aunque sea tan solo la magia de pisar la nieve al caminar por un glaciar bajo la luz azul del alba. ¡No seamos tan cerrados! Debemos observar y comprender la magia que se crea, se conjura y se asocia con todos y cada uno de los aspectos de la cordillera más grande del mundo: el Himalaya.



Un ciclista resuelto.

Espero que esto me exima de la obligación de mostrarme crédulo o metroescéptico. Y sin embargo, somos escépticos. Vivimos en la era de la ciencia, a pesar de la advertencia de Wittgenstein de que «no se le da suficiente relevancia al hecho de que las palabras *alma* y *espíritu* se cuentan en nuestro propio vocabulario culto. En comparación a esto, es una nimiedad que no creamos que nuestra alma coma y beba».*

Yo he viajado por lugares donde las almas comen y beben, y lo que deseo es llevar al lector allí conmigo.

¿Significa esto que soslayo la parte científica? Aunque quisiera, no podría. En estos tiempos, es algo que viene de serie, lo cual significa que la gente puede creer en lo que quiera... siempre y cuando haya superado una revisión anónima y se haya publicado en la revista *Nature*.

* Ludwig Wittgenstein, *Observaciones a «La rama dorada» de Frazer*, traducción de Javier Sádaba, Tecnos, Madrid, 2012, pág. 69.

La magia acecha tras lo inexplicable. La buscamos porque la amamos. Adoramos el misterio y nos da igual que nos cuenten historias, siempre y cuando estén bien contadas. La magia empieza cuando dejamos de creer que las explicaciones tienen algo que añadir. Evidentemente, todos queremos saber «dónde está el truco» de las cosas, pero si los magos nos lo ocultan, no es tan solo por vanidad, sino porque en el fondo no queremos saberlo. Dicho así, parece que deseamos que nos engañen, pero en realidad se trata de llegar a un lugar donde las explicaciones, traducidas a palabras, no aportan nada; es más, restan. La magia es una analogía de la siguiente etapa del viaje, en la que penetramos en una región donde las experiencias son inefables. Se trata de desprendernos de la carga del mundo prosaico y echar a volar. No por nada, en todos países del Himalaya se representa al chamán/hechicero como un hombre que vuela.

En cierta ocasión le pregunté al escritor Roger Clarke cómo era Bruce Chatwin. «Es un mago», me respondió. Al instante supe a qué se refería (aunque nunca llegué a conocer a Chatwin): era una de esas personas que son capaces de crear algo de la nada, que recopilan las coincidencias y los hechos del día a día y los convierten en algo con sentido. (Todo tiene sentido, todo es un signo a ojos del paranoico y de quienes viven a las órdenes del chamán local.)

Yo definiría la magia como el momento en el que imaginación y realidad parecen unirse. En el que el mundo toma un interés personal por uno. Es una «versión en directo» del problema/situación básico de la religión: ¿cómo conciliar la certeza de que somos un grano de arena en mitad del cosmos con la creencia de que somos el centro del universo? La respuesta se ha insinuado más arriba, en la historia del río que aprende a ser feliz siendo una gota de agua y, a la vez, parte del océano.

La deriva, pues, me ayudaría a descubrir todas estas clases de magia.

Luego, está el *détournement*, que podría traducirse por «desvío», en el sentido de tomar una idea o una imagen que tiene un uso oficial y retorcerla para que encaje con otros fines que, a nuestro juicio, son más verdaderos. Disponemos de incontables biografías de valerosos aventureros e infinitas narraciones de exploradores, alpinistas y hombres y mujeres de las montañas. «Porque está ahí» es el motivo más absurdo y verdadero para escalar una montaña, pero la ciega y prosaica ambigüedad de esa respuesta ya no me parece aceptable. Prefiero desviarme y adecuarla a mis propósitos: para que se revele mejor la magia.

Y hablando de magia. Existe una magia de otro tipo: realizando ciertos ejercicios respiratorios mientras imaginamos una llama que arde en nuestro interior, podemos aumentar la temperatura corporal. Es un viejo truco tibetano llamado «tummó», y los científicos occidentales han logrado replicarlo con personas que eran casi principiantes. La literatura esotérica asegura que se necesitan «años» para conseguirlo, seguramente porque parece imposible. La primera vez que los occidentales vieron a los inuit realizar el giro esquimal con el kayak, convinieron en que aquello no estaba al alcance de ningún europeo, que era un don con el que había que nacer; hoy en día, podemos aprender a hacerlo en tres minutos con los tutoriales de YouTube.

La magia promete atajos, atrae a los avariciosos y a quienes ambicionan el poder. Tiene mala fama. Pero miremos esas montañas, su increíble belleza, cómo crean un silencio interior que, pese a ser «imaginario», coincide con cierta realidad...

La magia se compone de dos cosas: la imaginación, la imagen, la idea, y el contexto, los accesorios, el marco, el resultado, la dura realidad. No hay una sin el otro. Y la dura realidad del Himalaya es muy dura: las rocas, el hielo, los millones de años de antigüedad. Pero incluso para pensar en ese periodo en el que

se formaron las montañas hace falta hacer un ejercicio de pura imaginación. ¿Cómo imaginar un millón de años, si ni siquiera podemos imaginar el paso de diez años con verdadera precisión?

A lo mejor, antes de echar un vistazo a las rocas y las características geográficas del Himalaya, deberíamos ponernos de acuerdo en cómo pronunciar el nombre. Esta duda me surgió al principio de la investigación, mientras hablaba con otras personas: ¿había que pronunciarlo a la inglesa, «Hi-ma-le-ya», como hacían mi padre y mi abuelo? ¿O como los indios: «Him-mar-li-a»? Pero sería ilógico: decimos «París» y no «Paguí», y «El Cairo», no «El Kahira» (claro que también decimos «São Paulo» y no «San Pablo»). Y sin embargo, nadie parece darle importancia al hecho de que pronunciamos «E-ve-rést» en vez de «É-ve-rest», que es como George Everest (por quien se le puso el nombre) insistía en que se pronunciase su apellido. Es posible que Everest, conocido como «el *sahib* más cascarrabias de la India», lo pronunciase así. Pero ya no. Cuando uno busca el sentido de estas cosas, puede acabar volviéndose loco, así que decidí que cuando hablase con indios, nepalíes y butaneses diría «Him-mar-li-a»; en el resto de los casos, seguiría el uso habitual y cruzaría los dedos para que se me entendiera. Debo decir que me sorprendió que este asunto suscitara tantas pasiones y molestias; para algunos, el nombre parecía más importante que la cosa en sí.

Casualidades de la vida, cuando no estaba ocupado topografiando la India, George Everest se quedaba descansando en la ciudad de Mussoorie. Su casa en ruinas sigue allí. El colegio de mi padre cerró y fue reconvertido en hotel. Yo fui en invierno. El aire era tan límpido que se divisaba el Everest a cientos de kilómetros de distancia.